

ILUSTRACION
ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 9 DE JULIO DE 1888→

NÚM. 341

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA TRAILLA DE LOS PERROS CAZADORES EN EL AGUA, cuadro de Eugenio Cecconi

SUMARIO

TEXTO. — Nuestros grabados. — Exposición Universal de Barcelona, por don J. Yxart. — Leyenda de las mareas, por don Juan José García Gómez. — La verdad y la mentira (continuación), por don Carlos Coello.

GRABADOS. — La trailla de los perros cazadores en el agua, cuadro de Eugenio Cecconi. — Ramón Berenguer IV, estatua de J. Llimona. — Vistas del puerto y aguas de Barcelona. — Tranquilidad, cuadro de V. Chevilliard (Salón de 1888). — Noviembre, cuadro de E. Adán (Salón de 1888). — El poeta pobre, cuadro de Carlos Zewy. — Nuevo cañón krupp de tiro rápido. — Suplemento Artístico: La mujer en Oriente, pintura diorámica de Francisco Simm.

NUESTROS GRABADOS

La trailla de los perros cazadores en el agua

cuadro de Eugenio Cecconi

El autor de este lienzo nos presenta una colección de perros cazadores en el agua, de los cuales ha hecho especial estudio, sirviéndose de modelos de pura raza. La cinegética y la hípica gozan de cierta predilección entre algunos artistas: los ingleses se extasiaban delante de un caballo bien pintado; para ellos el vencedor del Derby es un modelo estético muy superior al que se empleó para esculpir la Venus de Milo. Otro tanto ocurriría a los cazadores entusiastas contemplando el cuadro de Barabino, cuyos perros parecen olfatear realmente la presa y pugnar por lanzarse a ella a través de los juncos de la maramma.

RAMON BERENGUER IV, estatua de J. Llimona

A la entrada del Salón de San Juan, avenida principal de la Exposición, junto al Arco triunfal que a ella da entrada, es de ver la estatua del famoso conde de Barcelona, célebre no sólo por sus hechos de armas sino por haberse realizado en su tiempo (1137), merced a su matrimonio con doña Petronila, la unión del condado barcelonés con el reino de Aragón, constituyendo uno de los Estados más poderosos de la época.

El autor de esta escultura ha demostrado haber estudiado al personaje, imprimiendo en su fisonomía y porte los rasgos de su carácter bondadoso y de su valor indomable.

Vistas del puerto y aguas de Barcelona

durante la permanencia de las escuadras venidas con motivo de la Exposición Universal para saludar á SS. MM.

La inauguración oficial de la Exposición Universal de Barcelona y la venida de la corte á esta ciudad con motivo tan extraordinario como plausible, dió lugar á muy diversas y notables manifestaciones; pero á ningún espectáculo más grandioso, más sublime podríamos decir, como el de las escuadras reunidas en nuestras aguas. Convienen los más antiguos marinos en que no existe memoria de otra semejante reunión de buques, inclusa la que tuvo lugar cuando la inauguración del Canal de Suez. Cuantos, por dicha suya, contemplaron esas escuadras durante las diversas excursiones hechas á bordo por la Reina Regente, á tiempo en que izaban vistosas banderas, flámulas y gallardetes, cuando millares de tripulantes, en correcta formación semejaban hileras de gaviotas posadas sobre las vergas y aturdían al aire con sus ¡vivas! proferidos en distintos idiomas; cuando la poderosa voz de la formidable artillería llenaba el espacio y transmitía á lo lejos el saludo respetuoso y simpático hecho á España por las naciones más preponderantes del mundo; no olvidarán en la vida un espectáculo que probablemente no se repetirá ni de manera tan solemne ni con motivo tan plausible.

Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Alemania, Austria, Portugal, Holanda y los Estados Unidos de América, prescindiendo de España, estuvieron representadas en esta manifestación por sus más poderosas embarcaciones de guerra y olvidando por un momento la política que puede tener más ó menos alejadas ó indiferentes unas de otras, lucharon en el terreno de la más exquisita cortesía. ¡Ojalá la voz de sus cañones no vuelva á emplearse sino para saludar nuevamente á un pueblo amigo, á una reina ilustre y al triunfo de la paz en la manifestación del trabajo universal!

A continuación insertamos los nombres, número de cañones y plazas de los buques fondeados á un tiempo en nuestras aguas, los cuales se situaron como es de ver en las cuatro láminas que publicamos en nuestras páginas 5 y 6.

Fragata española *Numancia*, con 14 cañones y 460 plazas. — Idem *Gerona*, con 12 id. y 450 id. — Corbeta *Navarra*, con 12 id. y 350 idem. — Idem *Castilla*, con 12 id. y 350 id. — Fragata *Blanca*, con 8 id. y 398 id. — Crucero *Isla de Cuba*, con 4 id. y 160 id. — Idem *Isla de Luzón*, con 6 id. y 166 id. — Torpedero *Destructor*, con 7 idem y 54 id. — Cañonero *Pilar*, con 1 id. y 50 id.

Corbeta portuguesa *Vasco de Gama*, con 7 cañones y 192. — Acorazado francés *Colbert*, con 16 cañones y 850 plazas. — Idem *Amiral Duperré*, con 18 id. y 664 id. — Idem *Courbet*, con 14 idem y 655 id. — Idem *Devastation*, con 14 id. y 724 id. — Idem *Indomptable* con 6 id. 392 id. — Idem *Redoutable*, con 14 id. y 565 id. — Aviso *Milán*, con 5 id. y 198 id. — Idem *Condor*, con 5 id. y 140 id. — Idem *Faucon*, con 2 id. y 123 id. — Idem *Couleuvrine*, con 3 id. y 65 idem. — Torpedero *Challier*, con 2 id. y 21 id. — Idem *Cuny*, con 2 id. y 21 id. — Idem *Contre-Torpilleur*, con 2 id. y 23 id. — Idem *Babny*, con 2 id. y 21 id. — Idem *Déroulède*, con 2 id. y 21 id. — Idem *Doudard de Lagrée*, con 2 id. y 21 id.

Acorazado inglés *Alexandra*, con 12 cañones y 661 plazas. — Idem *Colossus*, con 9 id. y 465 id. — Idem *Agamemnon*, con 6 id. y 400 id. — Idem *Thunderer*, con 9 id. y 450 id. — Idem *Dreaghout*, con 9 id. y 400 id. — Aviso *Surprise*, con 4 id. y 107 id. — Crucero *Phaeton*, con 12 id. y 400 id. — Fragata *Rover*, con 16 id. y 363 id. — Idem *Calipso*, con 16 id. y 320 id. — Idem *Volage*, con 16 id. y 365 id. — Idem *Active*, con 16 id. y 358 idem.

Fragata holandesa *Johan Willem Friso*, con 14 cañones y 313 plazas. — Corbeta rusa *Westruck*, con 14 cañones y 172 plazas. — Idem *Zabaca*, con 13 idem y 154 id.

Acorazado austriaco *Teghetoff*, con 6 cañones y 510 plazas. — Idem *Custoza*, con 14 id. y 620 id. — Idem *D. Juan de Austria*, con 8 id. y 450 id. — Idem *Prinz Eugen*, con 8 id. y 438 id. — Idem *Kaiser Max*, con 8 id. y 650 id. — Torpedero de alta mar *Panther*, con 2 id. y 171 id. — Idem *Leopard*, con 2 id. y 167 id. — Idem *Me-theor*, con 9 id. y 53 id.

Fragata alemana *Kaiser*, con 15 cañones y 650 plazas. — Fragata americana *Quinnabang*, con 10 cañones y 223 plazas. — Acorazado italiano *Lepanto*, con 22 cañones y 640 plazas. — Idem *Dandolo*, con 8 id. y 406 id. — Idem *Italia*, con 22 id. y 650 id. — Idem *Gio Bausan*, con 18 id. y 280 id. — Idem *Etna*, con 18 id. y

230 id. — Idem *Castelfidardo*, con 8 id. y 450 id. — Idem *Duilio*, con 8 id. y 406 id. — Idem *Vesubio*, con 18 id. y 230 id. — Grandes torpederos *Tripoli*, con 4 id. y 104 id. — Idem *Volgore*, con 4 id. y 53 id. — Idem *Goito*, con 9 id. y 109 id. — Idem *Gaeta*, con 6 id. y 48 id. — Torpedero *Núm. 99*, con 2 id. y 17 id. — Idem *Núm. 100*, con 2 id. y 17 id. — Idem *Núm. 101*, con 2 id. y 17 id. — Idem *Núm. 108*, con 2 id. y 17 id. — Aviso *Archimede*, con 6 id. y 113 id.

Total: 67 buques, con 499 cañones y 19,960 tripulantes.

TRANQUILIDAD

cuadro de V. Chevilliard (Salón de 1888)

En uno de nuestros números precedentes hemos dicho que en el Salón del corriente año la pintura francesa no había exhibido ninguno de esos lienzos que detienen á pesar suyo al visitante más distraído y menos dispuesto á dejarse dominar por la fuerza del genio. Pero esto no impide que sin grandes pretensiones á cautivar por sorpresa, se hayan expuesto cuadros de correcta composición, impregnados de sentimiento, que es la primera condición del arte.

Uno de esos cuadros reproducimos en el presente número: lleva por título *Tranquilidad*, y ciertamente cuanto más se le contempla más se descubren en él las raras dotes de su autor y la felicidad con que ha descrito una escena verdaderamente simpática. El excelente cura, desde un sitio retirado cabe las paredes de la vetusta iglesia, se distrae del rezo atraído por el espectáculo de la naturaleza en calma; una naturaleza pobre, un cielo sin nubes, á la hora en que el mundo parece descansar de su fatigoso é interminable trabajo. El mundo de las pasiones debe estar muy lejos; apenas se distingue desde el lugar escogido por el artista.

Chevilliard, con verdadero talento y de la manera menos llamativa, nos hace sentir lo que él llama *tranquilidad* no sólo en el sentido físico del descanso, sino en el sentido moral de la conciencia que nada reprocha al humilde sacerdote que contempla el triste paisaje. Entre ese hombre y esa naturaleza hay verdaderamente relación de estado: uno y otra se encuentran perfectamente tranquilos; y esta igualdad de tonificación física y moral es la que trasciende del lienzo al espectador y constituye el principal mérito de este cuadro, en el cual no hay la más pequeña nota discordante ni el menor efecto rebuscado. El autor hace sentir su obra á los demás porque él la ha sentido poderosamente al ejecutarla.

NOVIEMBRE, cuadro de E. Adán (Salón de 1888)

El invierno es la estación dura para los pobres. Mientras en las grandes capitales se disponen y realizan maravillas á beneficio del gran mundo, en el campo se hacen preparativos para conjurar el frío, ese tormento que nunca han sufrido los poderosos y de cuyos horribles efectos no tienen idea. Es muy cómodo y hasta agradable ver caer la nieve al amor de una confortable chimenea que los criados han encendido muchas horas antes de que los amos se resuelvan á abandonar el grato calor del lecho. Mas los pobres campesinos no se encuentran en este caso: gracias que el propietario de los contiguos bosques, medio por compasión medio por conveniencia, les permita recoger la leña que el tratante no aprovecha y que en el interior de la humilde y destaralada choza producirá aun más humo que calor.

Reunir elementos para quemar en el hogar; he aquí la preocupación del pobre durante el mes de noviembre; tarea ruda que el pintor Adán ha reproducido con acertada verdad. La anciana, la joven y el niño, cada uno con carga superior á sus fuerzas, se encaminan á la morada común, despidiéndose del último rayo de sol y presintiendo la desnudez completa del campo y la entonación brumosa de un cielo que únicamente se rasga para dar lugar á las grandes nevascas. Adán ha estado en lo cierto cuando ha descrito el triste mes de noviembre.

EL POETA POBRE, cuadro de Carlos Zewy

No siempre, ni con mucho, el poeta vive en habitación principal y confortable. Sin que nuestros tiempos sean los de Cervantes y Camoens, nada tan común como que la poesía y el arte se aposenten en buhardillas desde las cuales se descubran extensos panoramas, pero cuyo interior destaralado revela la acción del tiempo y de la incuria. Zewy ha pintado el interior de ese hogar más que humilde: unas paredes negruzcas, una mesa, una silla, un taburete constituyen el mobiliario del infeliz poeta, cuyo pensamiento, á pesar de todo, se espacia por las etéreas regiones y se desborda en sentidas rimas que nadie compra. Con triste mirada le contempla su hija, pálida joven obligada á trabajar á destajo para ganar la miserable subsistencia de la reducida familia. Cuanto dice y escribe su soñador padre es para ella modelo de belleza; pero la belleza y el pan no andan de concierto en la pobre vivienda... Hace un frío horrible y la leña se ha consumido por completo: el dinero se encuentra á la altura de la leña... La desventurada joven contempla en silencio á su padre que vive en los espacios imaginarios. ¡Pobre padre y aun más pobre hija!... Dícese que el genio es un don de Dios... ¡Qué hermoso don si fuese acompañado de unas cuantas láminas de la deuda pública!

NUEVO CAÑÓN KRUPP DE TIRO RÁPIDO

El nuevo cañón que reproducimos puede disparar de 17 á 20 proyectiles por minuto con velocidad inicial de 570 á 610 metros y un alcance de 8,300 metros. Este cañón es de 7'5 centímetros de calibre. Los hay de otros calibres mayores, pero cuanto mayor es, menos proyectiles puede disparar por minuto; así el de 10'5 centímetros sólo dispara 15 y el de 13, 12. Dos hombres bastan para servirlo.

Este cañón ocupará un puesto preferente en el moderno material de guerra.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MUJER EN ORIENTE

pintura diorámica de Francisco Simm

El Diorama es una obra de arte que se utiliza como espectáculo y que señala un gran progreso en las costumbres públicas. Cuantos por desgracia peinamos canas recordamos con qué fruición acudíamos á las exhibiciones de la linterna mágica ó en orden superior á las de algún ciclorama de mayor importancia, en las cuales un cristal multiplicador aumentaba á un tiempo el tamaño y los defectos de una mal pintada lámina. Compárense esas vistas con las del Diorama moderno como hoy por hoy puede hacerse en Barcelona, y cualquiera podrá estimar los adelantos verificados en este punto del arte.

Varios son los Dioramas que han llamado la atención universal por su indisputable mérito: merced á ellos y aparte de la inmovilidad de las figuras, podemos hacernos perfecto cargo de la escena representada cual si en ella tomáramos parte activa. El *Suplemento artístico* del presente número copia uno de esos grandes lienzos: el autor ha pagado tributo al orientalismo que tanto preocupa á muchos y distinguidos pintores, pero esta vez hasta es de aplaudir la preferencia porque, gracias á ella, el espectador puede hacerse la ilusión de que se encuentra en el interior del harem sin riesgo de su cabeza.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

SALÓN DE BELLAS ARTES

I

Cuando á eso de las seis de la tarde se entra en la Exposición, ó empieza á sentirse la fatiga de pasear á la ventura, el Salón de Bellas Artes invita una y otra vez á una visita á sus museos.

La hora es hoy por hoy la más propicia para recorrerlos y principalmente para contemplar los cuadros.

Así me lo decían dos amigos á quienes encontré por casualidad, sentados en uno de los infinitos puestos de bebidas. De modo que, aprovechando la hora, subimos por cuarta ó quinta vez la gran escalinata de la izquierda.

No era ninguno de los tres muy amigo de contemplar un trozo de pintura en las singulares condiciones que rodean á las tales en un museo. Por ahora, no se ha encontrado otro medio que colgar los cuadros unos junto á otros á lo largo de interminables paredes, y es probable que no haya innovación posible en este punto, mientras se quiera exhibir muchos en breve espacio; pero, bien mirado, este deseo es bastante singular, ya que nada contraría el fin para que un cuadro se pintó, ni le perjudica tanto como ese almacenaje.

Entremos, ó mejor dicho, lleguémonos al dintel de la Sección española, que fué la que primeramente visitamos. Una serie de salitas y salones aparecen en hilera, alumbrados por la luz cenital, y achicando sus puertas que la perspectiva enchufa una dentro de otra. Cubren las paredes los cuadros. Vistos al sesgo, la luz resbala por la tela pintada como por un encerado mugriento, ó brilla en tiras luminosas corriendo por encima del marco dorado. Las desiguales dimensiones de todos ellos, y la ninguna simetría en la colocación, puesto que es imposible, producen el efecto más extravagante que cabe imaginar. Hay cuadro que, rodeado de tablillas diminutas, parece el fresco de un altar del que cuelgan ex-votos y presentes. Entre dos lienzos regulares, se embuten modestos, como les ha sido posible, otros de menores dimensiones. A lo mejor, se ve encaramado en el dintel de una puerta uno solo, tan aislado el pobre, que parece que va huyendo temeroso del contagio de los vecinos... Si aun antes de pasar adelante le dijera á un verdadero artista que no hubiese visto nunca un museo: «mire V., esto es,» seguro que apretaba á correr con su lienzo debajo del brazo sin consentir en exponerlo allí.

Porque, lo que él diría: «Mi cuadro requiere verse á esta ú otra luz, y aquí no va á ser posible escogerla sin contar con un privilegio que no tengo. Mi cuadro se ha hecho para resaltar sobre este ú otro fondo, y aquí no hay más fondo que el marco vecino que centellea, ó la tela clara del lado que ensombrece la mía. Mi cuadro, chiquito, de asunto íntimo é insignificante, fué pintado para campar solo, único medio de absorber para sí toda la atención que necesita; ¿cómo voy á desampararle en un rincón junto á una composición grandiosa que usurpe todas las miradas? En suma, el contraste como la semejanza de tema, la diferencia como la igualdad de tamaño, todo compite contra su objeto: esto es, vivir una vida única y propia, para la cual lo engendré, y lo acaricié solícito en mi caballete. ¿Quién se resuelve ahora á dejarle en pública y desconocida compañía?»

Y es verdad; los cuadros, como los hombres, necesitan casa propia, una habitación, un cuchitril, un refugio, un rincón donde vivir consigo. En un museo, padecen el mismo mal del hospicio ó del soldado en su cuartel: cesan de ser ellos, para convertirse en una cifra sin personalidad.

No obstante, los artistas se ven forzados á tan grave mal, como no quieran renunciar á esos actos de presencia que, por lo menos, ponen en circulación su nombre. Y el caso no tiene remedio, porque no creo que se llegue nunca á construir y adornar una sala para cada cuadro.

La dificultad de acertar con la luz y la colocación más ventajosas es tan común y sabida que si se oye particularmente á cada uno de los expositores, resulta en suma que no hay en una sala de museo sitio propio para ningún cuadro expuesto. En este punto, no sólo es imposible la absoluta igualdad, sino que es fuerza pasar por desigualdades crueles. Sitios hay que son por sí solos una condenación anticipada: los muy elevados, por ejemplo. ¿Quién, ya fatigado de mirar, levanta mucho la cabeza? ¿Quién, después de levantarla, persiste en la incómoda postura por el solo placer de enterarse bien? «¡Bah — se dice el espectador; — cuando tan alto lo ponen, no será el cuadro gran cosa!» Y no lo mira, ó lo mira sin la atención que requiere. Algo más abajo, quizás le hubiera parecido una maravilla; el espacio de un metro ha convertido la maravilla en un marracho. ¡Los rincones junto á la puerta!... otro sitio malo. Una vez dieron una rápida ojeada á un salón, los que anhelan la novedad — que son los dos tercios de espectadores — creen que han de hallarla en otra sala: la que no han visto; no miran por consiguiente el resto: lo que está junto á una puerta. De ellas es forzoso huir siempre. Quien se va, no vuelve ya la cabeza; quien entra, se dirige al cuadro que ha visto enfrente, no á los lados. ¡Si pudiera hacerse una estadística!

Igualmente asombra el valor y la resignación de quien acude á un museo con una obra maestra, pero como la palma de la mano. Este ó realmente odia al vulgo de todo corazón, ó le desconoce. Y si aspira únicamente al aplauso de los verdaderos aficionados, los desconoce también. Por mucho que lo sean, la mitad por lo menos no

se dedicará intencionalmente á oler los cuadritos. En un museo, se pasa el rato y no más. Estos confiados ó modestos pintores recuerdan mucho por análogos conceptos á los excelentes autores de poesías íntimas que acuden á los certámenes con un par de estrofas en letra pequeña. ¿Quién se va á fijar en ellas, ocultas entre grandes cartapacios, donde se busca algo rotundo y brillante que mueva al público? Lo menos que les puede suceder es que no se extravíe el papelito, como lo menos que le sucede á un pintor de tablillas en una gran Exposición, es que no ignoremos su existencia.

Como supone también valor y especial carácter tratar ciertos asuntos: verbi-gracia, los que ya trató algún maestro insigne, como las tentaciones de S. Antonio, (dos hay, nada menos, con este tema en la sección española) ó los que por baladías, sólo han de llamar la atención de los muy inteligentes, si nueva y felicísima ejecución los realza. También esto arguye odio ferocísimo al vulgo, que suele vengarse con su indiferencia imbécil. Pero aquí digo una cosa: si tal es el desprendimiento del autor, en lo relativo á la vanagloria, ¿cómo acude á una Exposición cuyas malas condiciones son patentes? Este es uno de tantos problemas y misterios del amor propio que nadie se ha explicado todavía.

Estas y otras reflexiones íbamos haciendo los tres visitantes, apenas entrados en la primera de las seis salas destinadas á pinturas españolas.

No fué nuestro propósito recorrerlas minuciosamente, fijándonos en todos los cuadros uno por uno, ni mucho menos juzgar su mérito individual con todas las reglas del arte. En una Exposición donde acuden los autores por naciones, debe buscarse una impresión de conjunto para obtener luego un resultado comparativo é idea sintética del nivel y el rumbo de las artes en cada país. La mayoría de las obras que figuran en el Salón de Bellas Artes padecieron, además, bajo el poder y jurisdicción de los jurados ó soportaron el fallo de algún artículo de periódico y la providencia perentoria de los sueltos de gaceta; de modo que ya no cabe más juicio que la observación espontánea y viva, proferida al vuelo. Bien es verdad que hasta cierto punto esto es una ventaja cuando se trata de una revisión, porque muy á menudo estas observaciones sencillas, y como si dijéramos caseras, que arranca la primera vista de un cuadro, cambian totalmente el concepto que sugiere el dictamen pomposo, en que á veces la lucubración sustituye al juicio real y sincero. Es de notar que cabalmente en esta Exposición existen muchas obras de las que llevan la fama oficial por delante á manera de heraldo, y que nos causan el propio efecto de tratar personalmente á un hombre ilustre tras haberle conocido sólo de oídas... No está fuera de lugar, por tanto, siquiera sea de pasada, decir hasta qué punto nos defraudó, ó qué diversa impresión nos ha causado.

Con tales propósitos empezamos á recorrer las salas de la sección española, y muy pronto diremos buenamente lo que nos han parecido.

J. YXART

LEYENDA DE LAS MAREAS

Al doblar un recodo de la estrecha senda que corona á modo de cornisa el acantilado de la costa, el viejo marino que me acompañaba hincó en tierra la rodilla, descubrió su cabeza y murmuró un Padre nuestro, vuelto de cabeza á la mar.

En tanto que rezaba, pude admirar á la luz de la luna el panorama hermoso que se descubría desde allí.

Sobre la llanura formada por la movediza arena de la playa tocando al confín de las olas se destacaba un grupo de rocas negruzcas, y en su centro una cruz gigante, á cuyo pilar abrazada parecía descubrirse la figura de una mujer envuelta en limpiísima túnica blanca.

La luz incierta de la luna, el confuso rumor del oleaje, el rezo á media voz del marino, la blanca figura que al pie de la cruz se alzaba, surgiendo de las rocas negras y sombrías con movimientos suaves, ondulantes, perceptibles apenas en medio á la niebla de la marea, todo convidaba al silencio y al recogimiento.

Contemplé callado aquel panorama hermoso, aspirando la brisa llena de sales que el mar enviaba á la tierra como el hálito frío de sus besos en el abrazo periódico y tenaz de las mareas, y cuando el marino terminó su oración y alzó la rodilla me apresuré á preguntarle el motivo de su rezo, la historia de aquella cruz y la causa misteriosa de que una mujer ó un fantasma estuviera postrado orando allí á tales horas.

Y el marino, que nada deseaba tanto como admirar á un extranjero con la historia maravillosa de aquellas rocas para él tan queridas y contar las viejas tradiciones de su tierra, rincón el más apartado y más solitario y triste de las costas normandas, abrió cátedra y con voz solemne comenzó la narración siguiente, que yo sólo podré traducir en pobre romance, pero que bien debiera expresarse en verso endecasílabo por tener más de leyenda heroica que de ridícula conseja.

* *

En busca de la muerte ó la fortuna como remedio á sus penas, salió de esta tierra en tiempo de las cruzadas un gallardo caballero que por su apostura y gentileza había conquistado el corazón de la hija del Rey, princesa la más



RAMÓN BERENGUER IV, estatua de J. Llimona

bella, pura y santa que hubo jamás en esta tierra, y sostenía con ella tiernos y apasionados amores.

No podía Roberto, que así se llamaba el noble caballero, aspirar á la mano de la princesa por faltarle tierras y vasallos que ofrecer á su padre ambicioso y cruel en dote de aquel ángel á quien amaba, y como por entonces corriera por el mundo el anuncio de grandes guerras que la cruz preparaba contra la media luna, decidió alistarse entre los cruzados para morir por su Dios y su dama ó ganar en honrada lid glorias y riquezas.

Fué la despedida muy triste. En larga entrevista por una reja á la luz de la luna, prometiéndole llorosa la doncella ser suya ó de Dios y rezar por él mientras volvía, y le cogió al cuello como recuerdo y amuleto, con un cordón de su pelo, una imagen de la Virgen santa. Prometiéndole él no mirar mujer alguna, pensar sólo en ella mientras tuviera vida y morir pronunciando su nombre.

Y cuando el alba llegaba se escucharon ayes y suspiros, entró en su camarín inconsolable la princesa llorando en amarga y apenadísima congoja, y salió al galope de su corcel por las puertas de la ciudad un caballero, murmurando palabras que á juzgar por su fiero ceño más debían ser votos que plegarias.

* *

Un año más tarde entraban en Antioquía los primeros cruzados y entre ellos en primera fila, alta la visera y cabalgando arrogante sobre hermoso corcel árabe cogido en la batalla de Dorilea, iba Roberto que por su fiero valor había merecido de todos los jefes y en especial de Tancredo y Bohemundo grandes honores y distinciones justísimas como héroe principal de las más gloriosas jornadas.

A través de tupidas celosías contemplaban la entrada de los cruzados dos mujeres, casi dos niñas, Leyla y Fátima, hijas del más rico de los mercaderes de Antioquía. Nacida la una de hermosa esclava circasiana, tenía el pelo rubio, el cutis de nieve y el mirar dulcísimo de las hijas del norte.

Hija la otra de una esclava nubia, su cutis bronceado, su cabello negro y rizo y su mirada ardiente delataban la mujer formada con rayos del sol africano.

Ambas hermanas tenían la misma edad, y se amaban con el cariño entrañable de quienes han confundido en la infancia sus primeros llantos y sus primeras risas.

Y vieron ambas al cristiano Roberto, y quedaron silenciosas y calladas durante todo el día, alegres á ratos y á ratos cabizbajas y tristes, siempre pensando en él.

Y así pasaron varios días hasta que una noche, en voz baja, muy baja, comenzaron á hablar del mancebo y terminaron por confesarse las dos que le amaban.

No se entibió por ello el cariño de las dos hermanas, sino que aumentó con un nuevo vínculo, y hablando de él y procurando verle pasaban con infantil alegría sus horas consagradas al amor más infantil y más puro, pero más acendrado, sin que llegara de ello á aperebirse nunca el gallardo mozo objeto de su amor, de quien pronto supieron ellas con su curiosidad femenina que tenía hecho voto solemne de no mirar á ninguna mujer. Dábanse con esto por muy felices en su inocencia las dos niñas hermanas, mas duró poco su dicha: que la gloria llamaba á los cruzados para empresas más grandes y un día al son de roncros clarines mandando lucido escuadrón vieron salir á Roberto de Antioquía camino de Jerusalén.

Lloraron largo tiempo amargamente la partida mezclando sus lágrimas en apretado abrazo en un grupo admirable digno de la estatuaría griega. De repente, Fátima, la hija de la Nubia, lanzó una alegre carcajada y acercando su boca al oído de Leyla murmuró breves frases que seccionaron su lloro disipando su tristeza.

Aquella noche, después de tomar á los tesoros ocultos de su padre las mejores joyas, se escapaban disfrazadas de Antioquía.

Algunos meses después entre los guerreros mandados por Roberto había dos, con armaduras iguales: uno con sobrevesta y plumas negras y el otro con sobrevesta y plumas de color azul. Venidos recientemente, según su dicho, de Europa, se habían incorporado al ejército en cumplimiento de solemnes votos, votos que les obligaban á llevar siempre el rostro oculto, sin dejarse ver ni aun de sus pajes y servidores, y todo lo que se sabía de ellos era su juventud extremada, puesto que aun el vello no manchaba sus rostros ni sus brazos, según en algunos ligeros descuidos pudo observar la curiosidad de sus compañeros de armas.

Pero á fe que importaba bien poco lo corto de su edad y de su talla, porque suplía á todo su arrojo temerario en los combates y su valor y destreza en el reñir con los soldados del Profeta. Apenas empeñada una batalla se les veía colocarse el uno á un lado y el otro al otro de Roberto, y allá iban donde llevaba al capitán cruzado suatrevimiento y su fiereza, sin retrasarse nunca un paso, lejos de ello adelantándose á desafiar la muerte siempre que la vida de su jefe peligraba.

Y era de ver en medio á las luchas heroicas que diariamente sostenían los soldados de la cruz, cómo Roberto acompañado sólo de aquellos dos ángeles custodios se adelantaba sembrando la muerte por los escuadrones de Mahoma, siendo frecuente que la lanza ó el dardo que venía á herirle encontrara en su camino el escudo del guerrero negro ó del azul, más pronto á la defensa de él que á la suya propia, prestos siempre á sacrificarse por librarle en piadosa, inexplicable y temeraria porfía.

Así que no es extraño, dadas las preocupaciones de entonces y el misterio de los guerreros incógnitos y mudos siempre, la creencia general entre los cruzados de que no eran hombres, sino dos ángeles del cielo enviados por Dios para librar cien veces de la muerte al más virtuoso y valiente de los cruzados.

* *

Al fundarse el reino de Jerusalén, á Roberto le toca, por sus hazañas innumerables, uno de los más valiosos en el reparto de feudos creados por Godofredo.

Y apenas hay una tregua en la guerra, Roberto compra una embarcación ligera, cruza veloz el Mediterráneo y se dirige á través del Atlántico á las playas normandas donde le espera su fiel amante la princesa María.

Con él, en su mismo barco, vuelven también á Europa los dos guerreros hermanos, que tantas veces lucharon á su lado en las batallas. Impídeles hablar con él y descubrirse hasta pisar las playas de la patria votos solemnes que Roberto siempre caballeresco en sus procederres respecta, y á fe que le pesan en el alma tales votos en cuanto le impiden abrazar y conocer á compañeros de armas tan queridos.

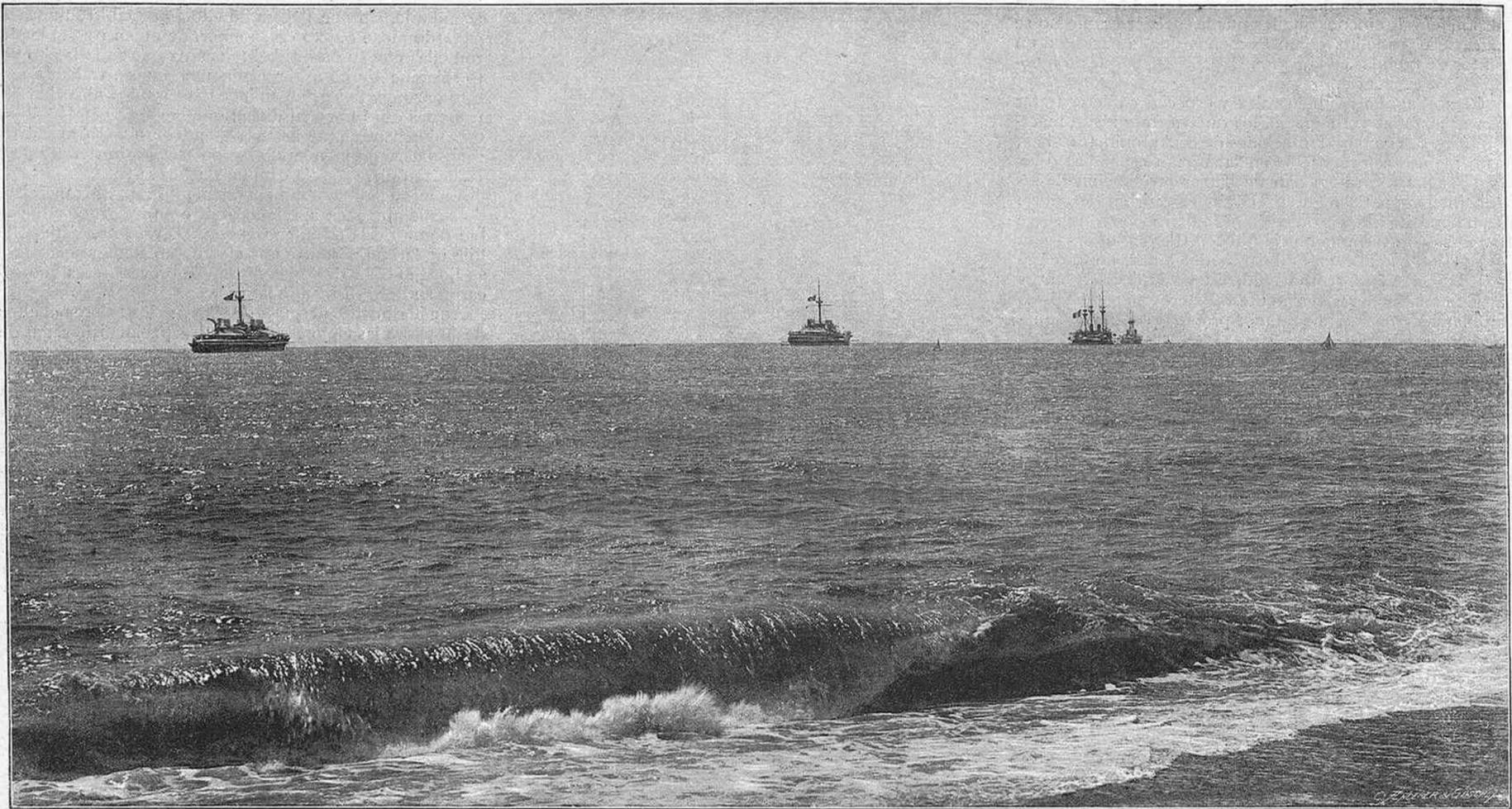
Hincha el viento del sur las velas y por entre las olas siempre revueltas del Cantábrico se acerca el buque á las costas de Normandía. En la proa va de continuo Roberto mirando adelante con anhelo infinito como personificación y estatua viva de la esperanza y el deseo. Asomadas á la baranda de popa podían verse de noche á la luz de la luna dos mujeres, rubia la una y la otra morena, llorosas y tristes por el recuerdo del bien perdido, y el temor y presentimiento de próximas desventuras.

Mientras luchaban por él en los combates de Palestina y exponían la vida por su gloria, eran felices las dos niñas hermanas, que enamoradas con la pasión más pura y casta y celosas la una de la otra, fundaban su dicha toda en el placer salvaje, pero sublime, de morir por él.

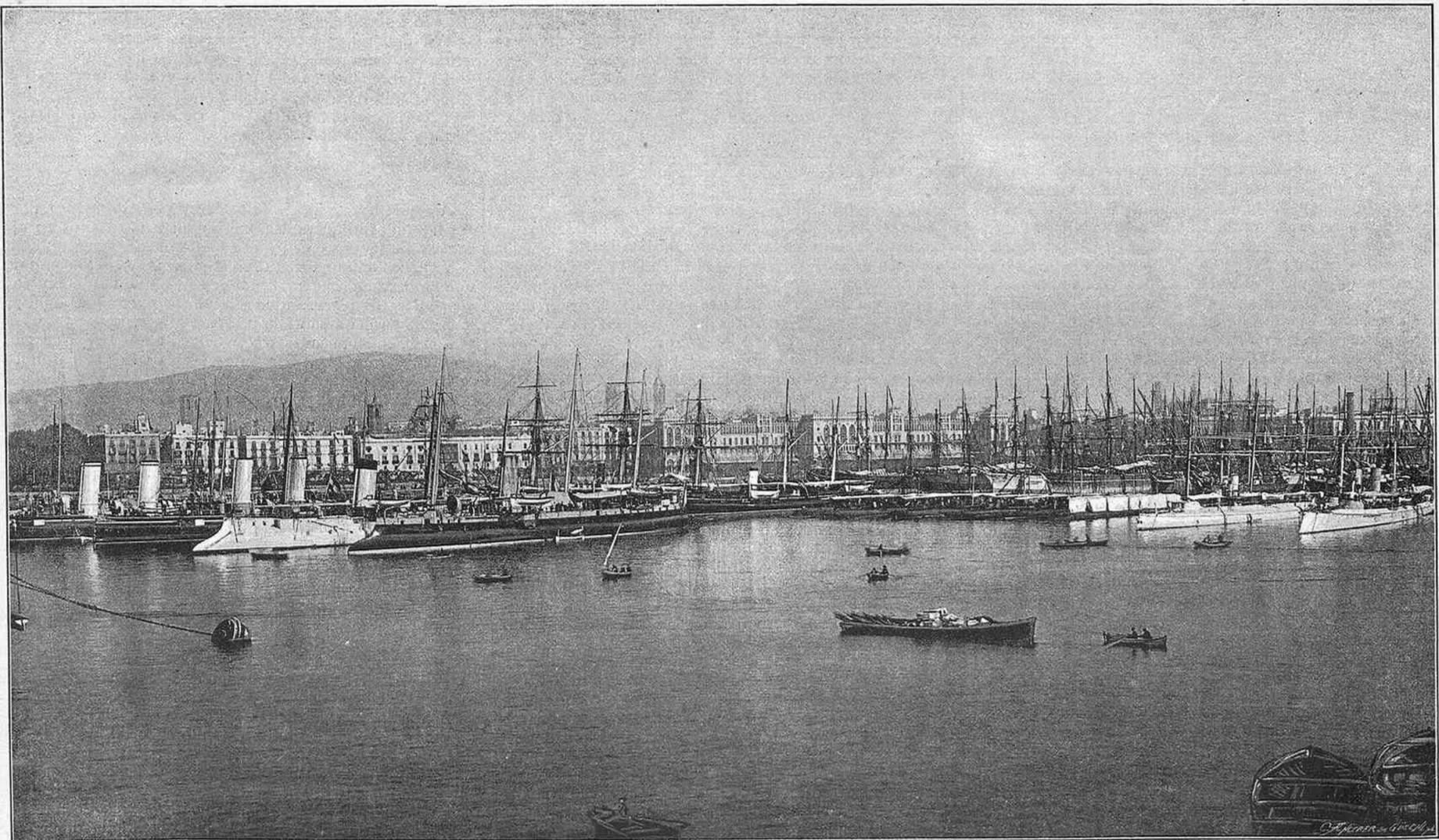
Ahora han abandonado su patria por seguirle, vienen á tierras frías y tristes donde no se ve el cielo ni el sol, ni hay guerras ni peligros en que su esforzado amor pueda lucir, y en cambio saben, por haberlo escuchado á los marinos y guerreros, que Roberto viene á cumplir con una princesa cristiana antigua deuda de amor.

Por eso melancólicas y tristes las doncellas moras, perdidos los bríos guerreros, lamentan en voz baja su suerte con débiles suspiros de mujer y quejidos tristísimos, pobres notas de dolor que el viento lleva á perderse en el

LAS ESCUADRAS



ACORAZADOS FUERA DEL PUERTO



EN EL PUERTO

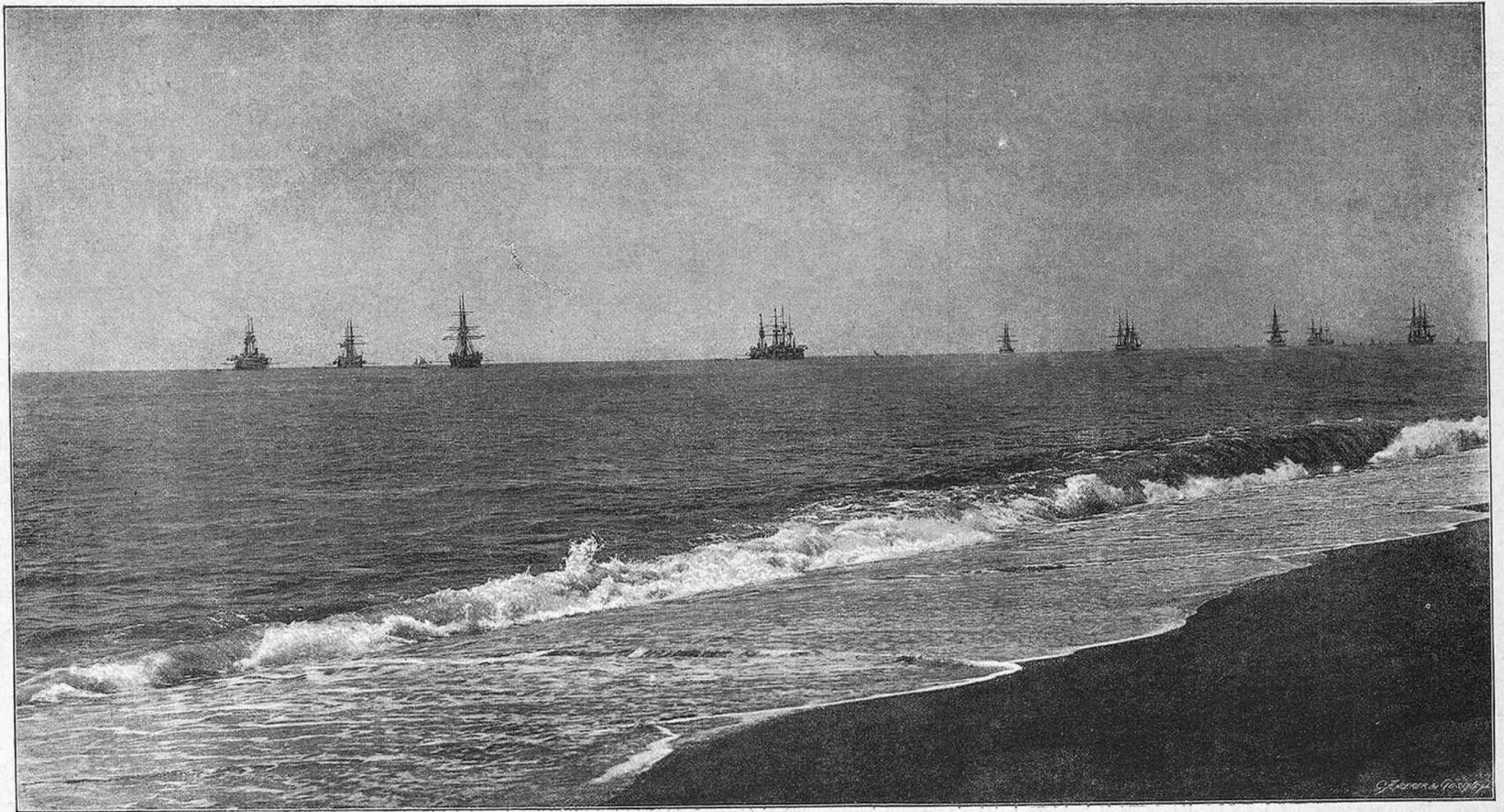
LIBRO DE CUENTA



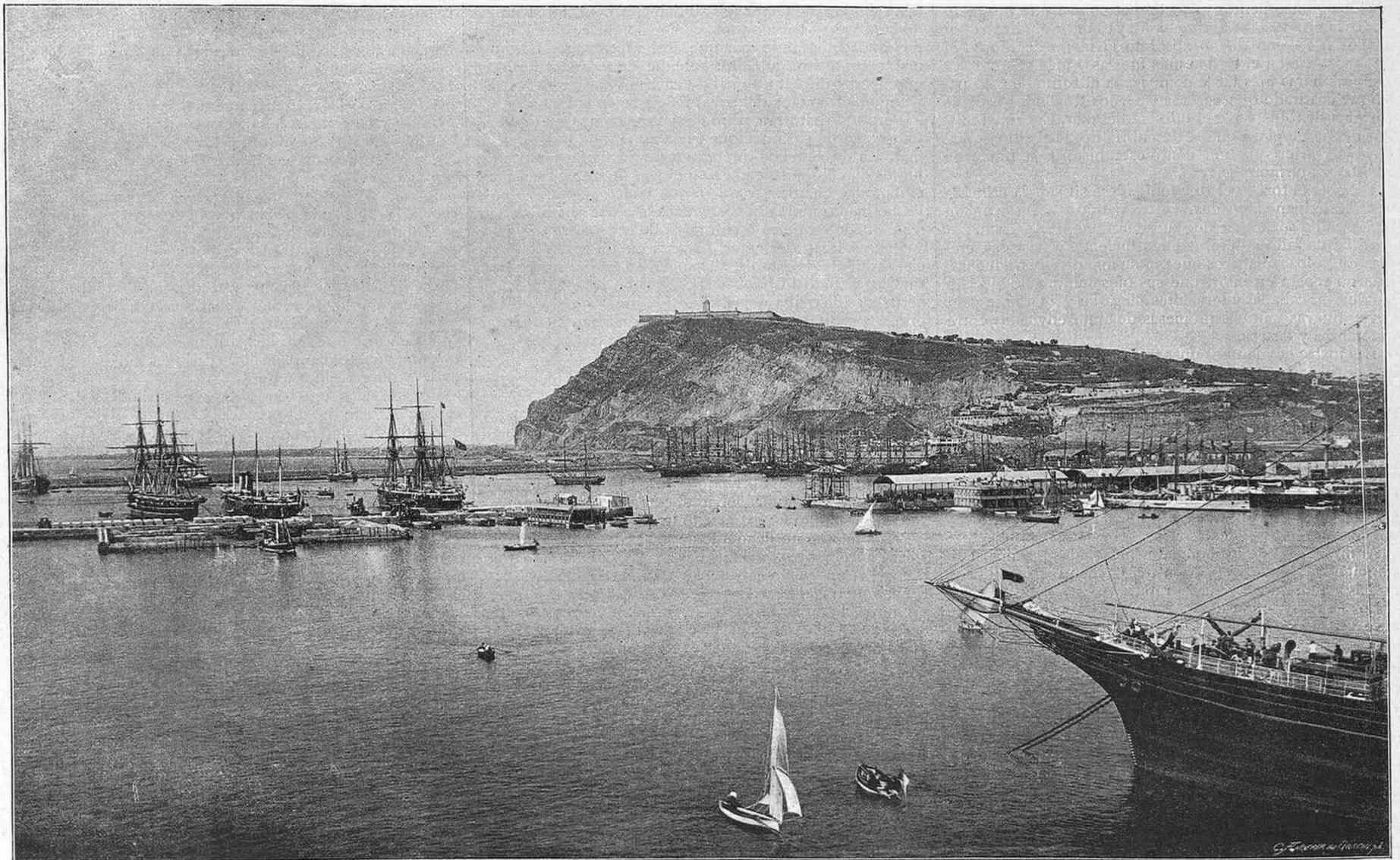
LA MUJER EN ORIENTE, PINTURA DIORÁMICA DE FRANCISCO SIMM



EN BARCELONA



ACORAZADOS FUERA DEL PUERTO



EN EL PUERTO



TRANQUILIDAD, cuadro de V. Chevilliard (Salón de 1888)

ruido de las olas como bajan sus lágrimas á mezclarse con las amargas aguas del mar.

* * *

Razón tenía Roberto para desear que la nave llegara pronto á las playas normandas. Un día después hubiera sido tarde.

Al llegar, supo la triste nueva de que aquella misma tarde iba á decidirse en un torneo solemne á que estaban citados los príncipes y guerreros más ilustres de próximas y lejanas tierras, la suerte de la princesa María.

El Rey su padre lo había decidido así, cansado de los muchos pretendientes y de la poca prisa que por atenderlos la princesa mostraba. Padre y tirano, adjudicaba por adelantado como dueño absoluto la mano de María, al que mostrase en el torneo más fuerzas y más valor.

Pocas horas más tarde comenzaba el torneo en un palenque cuadrado que cerraban por los tres lados gruesas barreras de roble y por el otro lado el mar. Era aquel mismo trecho de playa que se descubría desde el sitio donde el viejo marino que me contó esta historia se hincó de rodillas y murmuró su rezo.

Presidía el torneo el Rey teniendo á su lado la princesa vestida de blanco, en cuyo rostro pálido y vista apagada nadie podía sospechar que fuese la reina de la fiesta.

Allí á un lado con armaduras lucientes y vistosas preseas están los caballeros que por su mano vienen á luchar; mas no repara en ellos, que sus ojos miran sólo al cielo para elevar calladas y fervientes plegarias y á Oriente para enviar nuevas y firmes promesas de amor envueltas entre esperanzas y deseos.

Las justas comienzan; unas tras otras van rompiéndose lanzas sobre pechos cubiertos de acero, y van los pajes retirando de la liza caballeros magullados, heridos ó muertos.

El vencedor de ahora cae luego vencido por un contrario de más fuerza ó más fortuna, y su sangre se empapa en la misma arena manchada por la sangre que él vertió. Un momento después los pajes le llevan y la serie de sus hazañas queda en el polvo escrita como la de todos los grandes guerreros en la historia por un poco de tierra removida entre dos manchas rojas.

Al fin la serie de los combates personales termina. Un príncipe ha logrado vencer en tres encuentros seguidos y no hay nadie que le venga á retar.

Los heraldos y jueces del campo se preparan á declarar vencedor, la turba de los vasallos le aclama desde las barreras con atronadoras voces... pero en aquel momento suena de nuevo el clarín de aviso y entran en el palenque tres caballeros que ostentan en su pecho la cruz.

Uno de ellos se adelanta, reta al vencedor y se descubre. Cien manos le saludan. Es Roberto, el pobre aventurero de otros tiempos que ostenta en su sobrevesta una cruz roja y en su casco cubierto de oro y pedrería una corona ducal.

La princesa al verle lanza un grito de alegría... después calla medrosa... luego reza por él.

En tanto los jueces parten el campo, Roberto y su contrario se aprestan al combate bajas las lanzas, empuñando el escudo, la visera calada.

El momento es decisivo; el espectáculo soberanamente hermoso. El sol próximo á hundirse en Occidente riela en el mar y en las armaduras de soldados y caballeros, inundándolo todo en torrentes de luz trémula. Sus rayos

á través de las nubes encendidas, tiñen todo de resplandores rojos, como si también el día derramara sangre al morir.

Las nubes inflamadas formando un telón de grana al fondo del paisaje, la marea avanzando para inundar la playa, la brisa fría y húmeda como soplo de muerte, el rumor del oleaje que forma coro al griterío de la muchedumbre que enardecida por la vista y el olor de la sangre, se deshacía en blasfemas apuestas y disputas, las sombras alargadas que cruzaban la arena y las sombras del interés ó el odio que se mostraban con franqueza salvaje en todos los rostros ó se adivinaban en todos los pechos; el Rey enfurecido por la audacia de Roberto, éste lleno de desprecio á la vida, pero de temor por su dama, su contrario lleno de rabia al ver su triunfo próximo á malograrse, María, ángel de bondad, llorando por que Roberto matara, todo formaba como un ambiente sublime de pasiones heroicas que flotaba disuelto, tomando cuerpo y forma en los resplandores trémulos del sol al reflejarse en el mar.

Pero todo esto era pálido y pobre comparado con la tempestad de pasiones que rugía en el fondo de dos almas, las de aquellos dos guerreros incógnitos, entrados juntos con Roberto en la liza: que al fin todos los demás tenían algo que desear y algo que temer, mientras que á las hermanas moras quedaba sólo la triste suerte de ver á su amado en tierra ó en brazos de la princesa cristiana.

Pobres hijas del amor, nacidas en un harén bajo el cielo ardiente de Arabia, su sangre, su patria, sus padres, su Dios... todo lo habían sacrificado á sus amores: Roberto su ídolo iba á jugar la vida por conquistar una princesa cristiana. Si triunfaba, ¿consentirían su triunfo? Si moría, ¿era justo vengarle?

* * *

Sonó el clarín, partieron ambos jinetes á encontrarse y en violentísimo choque arrojó el cruzado por tierra á su contrario ya muerto.

Había echado Roberto todo el coraje en el golpe y así sin mirarle siquiera, abriendo paso en su pecho violentamente la saña al amor, volvió el corcel árabe que montaba y se encaminó á postrarse ante la princesa María.

Pero ¡ah! que no llegó á lograrlo, porque en medio á la breve carrera oyó de nuevo el clarín del heraldo que anunciaba un nuevo caballero y un nuevo combate.

Así era en efecto.

Fátima, la mujer africana, disfrazada de guerrero, con sobrevesta y plumas negras, se adelantaba á retarle con lento sereno paso, como una pantera en celo ansiosa de matar.

El asombro de Roberto no tuvo límites al ver que intentaba quitarle la dama y la vida aquel ángel custodio que le había salvado ésta cien veces en la guerra.

El Rey, contento del caso é ignorante del misterio, se apresuró á dar la venia para el duelo.

Y un minuto después Roberto rodaba por el polvo traspasado el corazón por la lanza de Fátima.

Esta echando pie á tierra, cayó sobre él y después de arrancarle la visera le besaba en el rostro aun caliente... y en salvaje paroxismo de amor bebía los alientos postremos de su boca.

Alguien vino á impedirlo, fué el guerrero azul Leyla, ardiendo en celos y en ira, que sin mirar quebrantaba en ello el buen orden del campo acudió veloz y echando

también pie á tierra la apartó de un golpe de su presa y se abalanzó con furia á ella por celos de aquellos besos ó para tomar de su crimen venganza. Fátima se incorporó rabiosa, y sin esperar reto ni venia de los jueces, ambas hermanas comenzaron á luchar con incomparable fiereza. Estaba escrito.

La lucha á pie resultaba porfiada, inacabable; ¿cómo no, si eran iguales, por ser hermanas, las fuerzas, las armas y las pasiones?

Una orden expresa del Rey impidió que nadie se acercara á evitar la lucha ni á retirar el cuerpo del cruzado aventurero. Contenidos todos á distancia por los ballesteros reales, presenciaban con interés vivísimo la lucha, sin reparar que avanzaban la noche y la marea.

Imitando á ésta en sus vaivenes el grupo de las dos hermanas, en medio de continuos y nunca acallados golpes iba del mar á la tierra y de la tierra al mar. A veces Leyla hacía retroceder á su hermana hacia las olas, pero cesaban sus bríos á medida que se miraba lejos del cadáver querido y en cambio los celos redoblaban las fuerzas de Fátima que volvía con furia á avanzar.

De repente se oyeron gritos Dábalos una mujer loca, María, que suelto el cabello y descompuesto su traje, arrojando su corona de princesa cruzaba el palenque é iba á caer de rodillas en oración junto al cuerpo de su amado.

Hubo un momento de angustia, la marea llegaba, nadie se atrevía á quebrantar las órdenes del Rey, éste quiso correr él mismo á apartar á su hija del peligro, pero fué tarde, que una ola gigante, altísima, cubrió todo con sus revueltas aguas y al retirarse barriendo la playa, ni manchas de sangre quedaban en la arena.

Así en un torbellino de blanquísima espuma encontraron juntamente digno sepulcro pasiones tan opuestas, tan puros y desgraciados amores.

Los marinos cruzados compañeros de Roberto buscaron con afán durante muchas horas su cuerpo bajo las olas y hallado le enterraron entre unas rocas levantando sobre la más alta de ellas una cruz.

Nadie pudo arrebatarse la princesa cristiana ni las doncellas moras al mar que guarda entre sus gruesos cristales el poético misterio de aquellas tres fases distintas pero igualmente sublimes y hermosas del amor.

Mas cuentan y tiénelo por artículo de fe los pescadores normandos que las tres viven encantadas bajo las aguas, en lucha continua las dos hermanas moras, y la princesa cristiana en eterna oración.

Cuando la marea baja y el mar se retira de las rocas, Leyla hace retroceder á Fátima apartándola de aquel sepulcro amado.

Cuando la marea sube es Fátima que avanza por cubrir el cuerpo de Roberto con la hirviente espuma de sus besos.

Pero ¡ah! que no logra su empeño, porque al llegar surge también de las aguas la princesa María envuelta en la blanca túnica que llevaba el día del torneo y se arrodilla y abraza á la cruz, elevando al cielo tan sentida plegaria que el buen Dios manda retirar á las aguas y con ellas se van sin dejar de luchar las dos hermanas rivales, para volver de nuevo cuando la marea otra vez comience á subir.

* * *

Tal es la leyenda de las mareas que me contó el guía,



NOVIEMBRE, cuadro de E. Adán (Salón de 1888)

tomando por una doncella en oración el montón de espuma formado por las olas en torno de una cruz.
Aun mal contada, tiene un mérito superior al de las historias modernas realistas: es mentira, pero es bella.

JUAN JOSÉ GARCÍA GÓMEZ

LA VERDAD Y LA MENTIRA

(Continuación)

JULIETA

Petruccio bebió más de lo ordinario en la fiesta de anoche y creyó decir un chiste al asegurar que Constanza había dado una cita al Duque en sus habitaciones. Las groseras palabras del bufón llegaron á oídos de la aburrida y arrinconada Duquesa, el Duque mandó prender á Petruccio y su cólera fué violentísima.

RAMBALDO

La verdad es que el bufón no ha dejado de favorecer con su imprudencia los intereses del Duque, porque el escándalo de sus habladurías, el de la prisión y el de la causa que está formándosele, acabarán por perder á Constanza en el concepto de los pocos que dudaban ya que fuese la favorita del Duque y conseguirán que haga la desesperación lo poco que al amor le queda que hacer.

JULIETA

¿Quién sabe?

(Las damas y cortesanos que se habían retirado al fondo y repartido por diferentes puntos de los jardines, han ido acercándose poco á poco á Julieta y Rambaldo.)

BLANCA

¿Os han convencido ya, señor Rambaldo? (*Rambaldo titubea y concluye por callar*)

JULIETA

Sí, amiga mía, le tengo ya completamente convencido.

BLANCA

¿De qué?

JULIETA

De todo.

RAMBALDO

En efecto, Blanca, los argumentos que Julieta me ha hecho son irrefutables.

BLANCA

¡Oh! Ya supongo que serán como suyos. (*Julieta se ríe*)

RAMBALDO

Básteos saber que para mí es ya artículo de fe la virtud de Constanza.

BLANCA

Julieta, vuestra elocuencia obra milagros!

JULIETA

Vos no sabéis, Blanca encantadora, cuán poderosa es la verdad.

RAMBALDO

Para mí la natural distinción, la espléndida belleza, la arrogante majestad de Constanza, siempre hablaron en su favor. Sólo la malicia pudo torcer mi juicio: el corazón defendía instintivamente aquel dechado de perfecciones.

JULIETA (aparte á Rambaldo)

(No es preciso esforzarse tanto.)

RAMBALDO

¿Cómo pensar que la pureza pudiera huir de aquellos ojos azules después de haberlos tenido por morada durante diez y ocho ó veinte años?...

JULIETA

(Repito que lo dejéis.)

BLANCA

Diez y ocho ó veinte años... ¡ja, ja, ja!... Constanza y yo tenemos la misma edad con diferencia de tres ó cuatro meses... que me lleva ella por supuesto. Yo he cumplido veinticinco años.

JULIETA (con sorna)

¿Sí?

BLANCA (con tranquilidad)

Sí. Preguntádselo á vuestra madre que os llevó á mi bautizo cuando ya andabais por vuestro pie.

JULIETA (mordiéndose los labios)

Verdad... Tengo idea de que por diferencias religiosas entre vuestros padres, tardasteis bastantes años en ser bautizada.

BLANCA

¡Julieta!...

CORTESANO 1.º

¿Qué es esto, señoras, qué es esto?

RAMBALDO

(Cortemos la cuestión.) Esto es, amigo Lorenzo, tocar los resultados de la calumnia y convencerse de que bastan cuatro palabras de un bufón para indisponer á dos buenas amigas después de haber manchado una reputación respetable.

BLANCA (al oído de Julieta)

¿No habéis conseguido algo más de lo que os proponíais atrayendo al señor Rambaldo al partido de Constanza?

JULIETA

(alzando la frente y mirando con soberano desdén á Blanca, tomando acto continuo el brazo de Rambaldo y diciéndole con mal disimulada ira)

¿No os he rogado ya un millón de veces que dejéis esa cuestión?

RAMBALDO

Creía yo que el hablar bien de Constanza...

JULIETA

Defensas tan apasionadas, más perjudican que favorecen. No me habléis bien de Constanza ni de ninguna mujer del mundo. Habladme mal de todas y os quedaré reconocida. (*Pasean*)

BLANCA (para sí)

Me parece á mí que tan buena es Julieta como su amiga íntima! ¿Qué se propone al robarme el afecto, puramente galante y cortesano, que me comenzaba á demostrar ese imbécil? ¿Hacerse amar de un hombre bonito? Ella no es tonta y debe saber que los hombres bonitos, y aun los buenos mozos, sólo de sí mismos se enamoran. ¿Querrá pura y simplemente mortificarme? Tampoco lo creo. Es una mujer demasiado lista para hacer un mal que no ha de reportarle ningún bien. Más probable es que tome al caballero Rambaldo á modo de antifaz ó pantalla para conseguir objeto más alto que las galanterías de ese Narciso, un poquillo trasnochado ya ciertamente. — Julieta es ambiciosa... Al amparar y defender los amores de Constanza y el Duque, ¿obra impulsada por la amistad ó procura que Su Alteza tenga ocasión de cansarse pronto de su nueva conquista y estando con frecuencia al lado de los dos tortolitos confía en inspirar al ilustre amante comparaciones quizá ventajosas para...?

CORTESANO 2.º, que acude con gran solicitud.

¡Blanca! ¡Blanca! Constanza y el Duque pasean, cogidos del brazo, por estos jardines.

DAMA 1.ª

Indudablemente se juzgan solos... Como ya está anocheciendo...

BLANCA

(A Julieta que pasa en este momento cerca del grupo formado por los cortesanos, entre los cuales cunde y se comenta con calor el suceso de que se habla)

Julieta, si en algo estimáis á vuestros amigos el Duque y Constanza, corred y decidles que paseen por otro lado ó á horas en que estos jardines estén menos concurridos. Decidles que, después del lance de anoche, Constanza, apoyada en el brazo de Su Alteza, no va á poder ya ser defendida ni siquiera por vos.

JULIETA

¿Qué nueva infamia es esta? ¿Quién ha inventado esa absurda fábula?

CORTESANO 2.º

No ha sido preciso inventarla. Abrid los ojos y mirad: el Duque y Constanza vienen hacia aquí.

JULIETA

Lo veré y no lo creeré. ¡El Duque llegar á ese extremo de imprudencia!...

BLANCA

Veo con pena que no podéis defender á vuestra amiga.



EL POETA POBRE. cuadro de Cárlos Zewy

JULIETA

Indudablemente el Duque querrá demostrar con este rasgo de entereza la poca importancia que debe darse á la calumnia de Petruccio.

BLANCA

O juzgando ya imposible ocultar á la Duquesa su última infidelidad ha resuelto abandonar todo disimulo.

JULIETA

Eso sería impropio de su grandeza de alma.

RAMBALDO (aparte á Julieta)

(Dejadlo ya, Julieta. Defensa tan apasionada perjudica más que favorece á vuestra amiga.)

JULIETA (para sí)

(¿Se burla de mí? Pero no, este es tonto de nacimiento; la malicia resbala por sus labios y no se detiene en ellos.)

BLANCA

Señores, creo que deberíamos apartarnos. Cuando el Duque se vea sorprendido no podrá menos de disgustarse. Casi todos los que estamos aquí sabemos, por lo menos de oídas, lo que son esas cosas.

JULIETA

Decís bien, y sobre todo dejándoles que se crean solos podréis todos enteraros con mayor facilidad de su conversación.

BLANCA

Ya se ve que sí. Todos, todos... hasta vos misma.

JULIETA

¿Yo...? A mí ¿qué me importa?

BLANCA

¿No os importa por la reputación de vuestra amiga?

JULIETA

No puede ser mi amiga quien sea indigna de mí.

BLANCA

Pues entonces os importará por la reputación del Duque.

DAMA 2.^a

Ocultémonos que ya llegan.

(Los cortesanos se ocultan en el bosquecillo inmediato. Por el lado opuesto salen el Duque y Constanza, apoyada ella en el brazo de él. Ha anochecido casi por completo.)

ESCENA II

El Duque y Constanza

CONSTANZA

Retirémonos, señor. Por aquí hay gente, no me cabe duda.

EL DUQUE

Es la brisa de la tarde que juega entre las hojas.

CONSTANZA

Dejadme ir, que ya ha anochecido.

EL DUQUE

Os engaños: á mí me está dando ahora mismo el sol en los ojos.

CONSTANZA

Cualquiera que nos vea en este sitio y á estas horas...

EL DUQUE

¿Qué debemos temer después de lo que se ha dicho de nosotros? Lo mejor sería darles la razón, ya que no sea posible demostrar que el Duque de Ferrara no es para con vos otra cosa que un pobre pretendiente.

CONSTANZA

¡Triste manera de combatir la calumnia!

EL DUQUE

Escuchadme... (*Queriendo tomarle una mano*)

CONSTANZA

Quieto, señor. Ya sabéis lo conveniente. Yo podré quizá, andando el tiempo, concederos algún favor, pero será de mi propia voluntad.

EL DUQUE

Petruccio mintió como un canalla y celebraré que sus jueces le crean tan digno de la horca como le creo yo.

CONSTANZA

Yo por mi parte, me contento con que salga desterrado de vuestros dominios.

EL DUQUE

Pues contad con que eso es lo menos que le puede suceder.

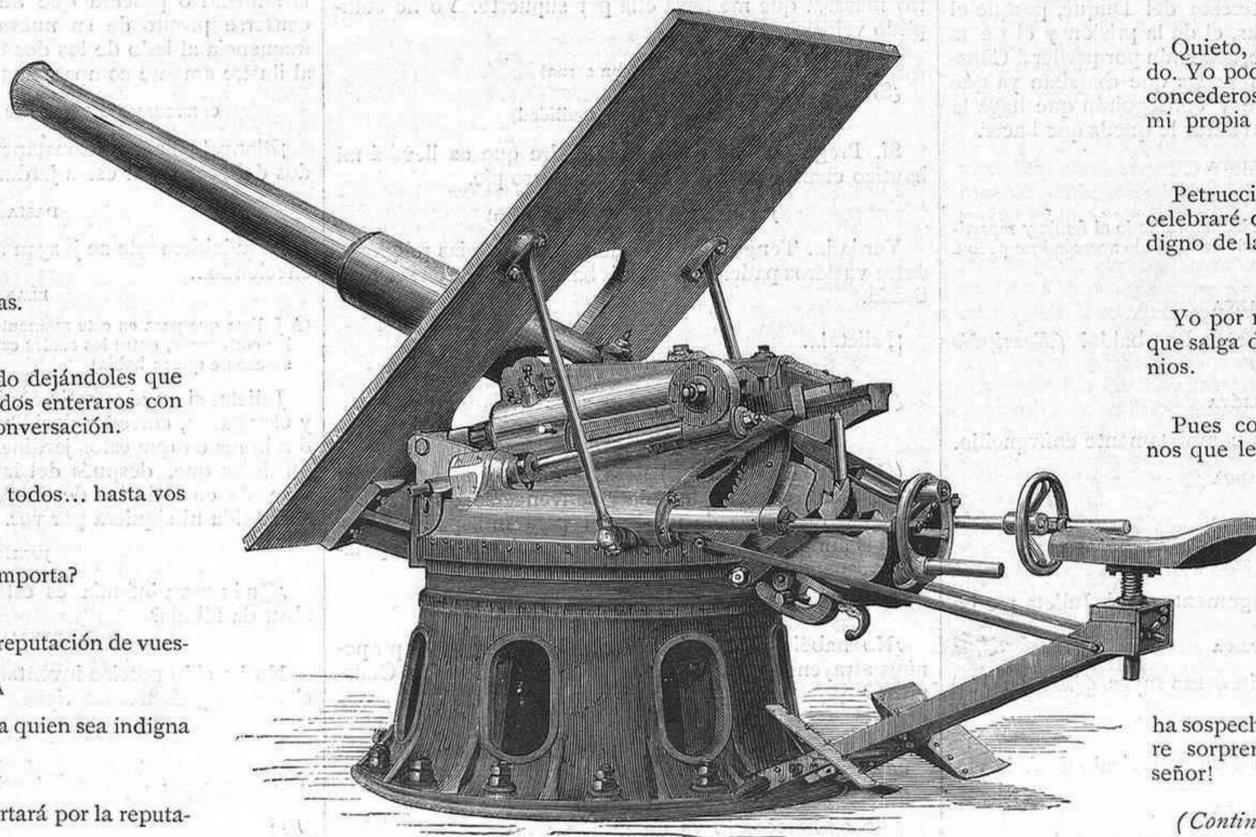
(Se advierte un vivo resplandor en el fondo de los jardines.)

CONSTANZA

¿Qué luz es esa? Hacia aquí vienen varios hombres con linternas. No hay duda, son gentes de la Duquesa que ha sospechado que estamos aquí y quiere sorprendernos. ¡Me habéis perdido, señor!

CÁRLOS COELLO

(Continuará)



NUEVO CAÑÓN KRUPP DE TIRO RÁPIDO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN